

Hermanas:

Mujeres de mi pueblo y también de otras culturas, hoy quiero contarles sobre la violencia obstétrica, dos palabras que no conocemos en nuestro lenguaje wayuunaiki, pero que pueden traducirse en dolor y sufrimiento. Dos palabras que reflejan las heridas que pueden causarle a una mujer cuando está embarazada, incluso en el momento en el que está trayendo al mundo una nueva vida.

Espero que esta carta les encuentre bien. Quiero compartir con ustedes mi experiencia como madre wayuu en Colombia, porque sé que muchas de ustedes pueden estar pasando por una situación igual.

Llegué a Colombia cuando tenía 18 años. No sabía mucho de la vida, ni de cómo sería vivir en un país diferente al que nací. Trabajé muy duro para mejorar mi calidad de vida y poder ayudar a mi familia. Al principio, no imaginé que tendría que sacar permisos o documentos para poder acceder a servicios, pues antes de mi embarazo no había ido al hospital y no sabía cómo era.

En el año 2018, quedé embarazada. En ese entonces vivía en una montaña de la Serranía del Perijá, ubicada entre Colombia y Venezuela, un lugar tan alejado del pueblo que solo tuve la posibilidad de salir de allí en busca de atención médica cuando tenía ya ocho meses de gestación. Entonces, supe que desconocía cómo atravesar un embarazo con los cuidados que estos requieren. Por eso busqué ayuda en el Hospital San Agustín, en Fonseca, y me encontré con la barrera que el sistema de salud en Colombia pone a las mujeres indígenas, pues nos consideran no aptas para desenvolvernos en sus sistemas de salud. Además, nos discriminan por no tener nacionalidad colombiana.

Recuerdo que en aquel tiempo estaba tan confundida entre tantos requisitos que solo pude sentirme sola y asustada. No sabía qué hacer, ni a quién acudir porque estaba lejos de mi familia, y la falta de empatía de algunas personas en mi proceso de aprendizaje me dolió en el alma. Pero no podía rendirme, iba a traer una persona al mundo. Seguí preguntando y tocando puertas para hacer lo que se requería para recibir atención médica de calidad. Allí comenzaron los regaños por parte del personal médico. Por no tener documentos, me ignoraban cuando pedía ayuda, y me hicieron sentir que era culpable de no saber la información para regularizar mi estancia en Colombia y para acceder a una atención médica justa.

Al llegar a los hospitales me pedían tantos papeles con nombres extraños, como el PEP (Permiso Especial de Permanencia) por ser venezolana, porque no tenía EPS. Una cantidad de documentos que hacen el camino más difícil. La gente, al saber que no entendía con claridad, me ponían muchas trabas para no atenderme en la red de salud de Fonseca. Me sentí desesperada sin saber qué pasaría.

Sin haber logrado sacar todos los documentos que me pedían, me dirigí al hospital con apenas algunos exámenes y el PEP. Mi bebé tenía ya 40 semanas de gestación, pero soporté hasta que ya no pude aguantar los dolores de las constantes contracciones que me decían que era hora de parir. Pensé que por humanidad los regaños, por no tener el resto de requisitos, cesarían, pero no fue así. Al llegar al Hospital San Agustín de Fonseca, en la mañana del 29 de septiembre del 2018, me pusieron suero, me tomaron la tensión y después de una larga espera, me trasladaron al Hospital San Juan del Cesar.

En ese otro hospital, las cosas no fueron diferentes. Al saber que no tenía los requisitos necesarios, me trataron mal, como si mi condición de mujer indígena venezolana fuera un pecado, sin considerar mi dolor, mi miedo, ni los esfuerzos que había hecho para tener un parto digno y seguro. Las enfermeras me hicieron esperar horas sin siquiera una explicación, sin atención médica adecuada; me miraban con desdén y me decían que les causaba problemas. Cuando finalmente me atendieron, me trataron con falta de respeto. Me dijeron que era joven y que no sabía nada. Me hicieron sentir que mi vida no valía.

Pero después de todo el calvario, cuando pensé que no aguantaría, conocí a mi bebé, sentí que mi corazón se llenaba de amor y gratitud. Lo llamé Ángel y ahora tiene seis años. Le gusta cuidar de los animales y mirar las estrellas. Está en su primer año escolar, es un niño fuerte e inteligente.

Puedo decir que esta experiencia me enseñó a ser fuerte y a luchar por mis derechos y los de mi hijo. Ahora quiero compartir mi historia para que otras mujeres no pasen por lo mismo y para que sepan que no hay justificación para darles un trato injusto, inhumano o degradante, un maltrato (como le decimos nosotras en mi comunidad) a una mujer embarazada que tiene derechos y merece servicios de salud adecuados, dignos.

Merecemos que los profesionales de salud respondan a todas nuestras dudas, porque el derecho a la información es un derecho humano. Tampoco deben hacer sentir a mis hermanas que son culpables de no saber cómo cuidar de un embarazo, tanto en nuestra comunidad como cuando estamos fuera de ella. Todas las mujeres merecemos ser tratadas con respeto y cuidado al momento de traer una nueva vida al mundo.

Betsabé
19 de febrero de 2025